

MANUEL RODRÍGUEZ LÓPEZ, EL HIJO DE LA TIERRA

Que Galicia es la región española que ostenta el título de "gran emigrante" es incuestionable. Ahí está, si no, el gran flujo migratorio hacia América iniciado en el primer cuarto del siglo XX, que hizo temblar los pilares de la población española. Pero, esta aparente facilidad para empaquetar los bártulos y embarcar el futuro de familias enteras en el zozobante océano de la incertidumbre, ¿puede interpretarse como sinónimo de desarraigo patrio? Todo lo contrario. Desde la época de la gran emigración lucense del siglo XX, el diccionario español-gallego acuñó, con visos de multipropiedad exponencial, la palabra "morriña", debido a la añoranza que los ausentes sentían por su tierra, ésa que en momentos de extremada dificultad económica, no supo o no pudo, sujetar las riendas de la gran crisis que se cernió sobre la industria del tejido manual en la que toda familia se hallaba implicada junto con un sistema agrario que resultó arcaico frente al envite de la industrialización.

Los gallegos emigrados a América del sur capearon su suerte, unas veces buena, y otras peor, con el fin último de lograr un trabajo estable que invistiera de dignidad el enorme sacrificio del éxodo.

Los hijos de la tierra no olvidan sus raíces, y por mucha lejanía física o temporal, el alma de un gallego practica la teoría de la realidad teniendo presente al devocionario de su terruño.

Manuel Rodríguez López emigró a Barcelona a los seis años. Nada que ver con sus convecinos que atravesaban el Atlántico. Él estaba en tierra española. Trabajó y estudió en la ciudad condal. Su amor por los estudios le acompañó en una época de grandes sufrimientos económicos para la sociedad, de los que él no estuvo exento. El hijo de la tierra no olvidó el problema de un necesario cambio de óptica y expandió su educación apurando al límite: escribiendo en gallego y llevando el nombre de Galicia como un estandarte por tierras catalanas y haciendo del arte relacionado con las letras su modo de vivir.

A Manuel Rodríguez López no le bastaba la cultura acumulada con esfuerzo, quería que esa siembra, fruto de sabiduría, germinase y alimentase a los hijos de su tierra. De ahí, sus poemas sociales, con esa gran carga de activismo obrero, retratando el duro día a día de una tierra preñada de desigualdades, azote de los más

desfavorecidos. Su empeño en dar a conocer en otras fronteras regionales a los hombres y mujeres de su tierra, sus costumbres, sus querencias, sus inquietudes particulares propias del lugar donde él abrió los ojos por primera vez al mundo, le han hecho acreedor de ser tenido por grande dentro del mundo de las letras gallegas. Rosalía de Castro estaría orgullosa de su compatriota. Los hijos de la tierra no olvidan a quienes les engrandecen con su gesto generoso y altruista, y con el mismo desinteresado afán, se le ha nombrado Hijo predilecto del Concello de Paradela, y se ha instituido un premio literario con su nombre. A esto se añade la custodia y exposición para deleite de todo propio y ajeno, del ingente baluarte que les dejó como herencia a los hijos de su tierra, compuesto por artículos, poemas y prosa en su lengua materna, como defensa y vindicación de una singularidad que quedó reconocida en la Constitución Española de 1979.

La Cultura le debe a este hijo de la tierra, nacido en el Concello de Paradela, su voz y entradas en el gran diccionario donde la Humanidad escribe con la indeleble tinta de la Historia, las grandes hazañas que sus ilustres hijos han ido procurando para halagar y engrandecer el nombre de la humanidad.

Isabel Oliver González

Presidente del Ateneo Blasco Ibáñez.

Fundadora del Movimiento Escritores pro Derechos Humanos.